

El último capítulo se ocupa del tema de las asociaciones católicas en el contexto de la modernización, pretendiendo considerar el estudio de lo que en la jerga de la Iglesia católica de la época se denominaban “epidemias morales”, entre las que sobresalían el liberalismo, el socialismo y el comunismo. En relación con esto se hacen unas consideraciones muy generales y superficiales para estudiar ese asunto, luego de lo cual se describe a la Juventud Católica, la Acción Social Católica y al Patronato de Obreras. Sobre este último se señala, muy de paso, que cumplió una importante función al educar a las obreras católicas, con el fin de disciplinarlas para que se aco- plaran a los intereses de los patrones. Sin embargo, esta idea no es desarrollada para explicar las características del naciente capitalismo en Antioquia y el papel que desempe- ñó la religión católica en el proceso de legitimar el “nuevo orden” eco- nómico y de someter a las trabajado- ras. Tampoco se considera la resis- tencia activa y pasiva que se generó en el seno de estas primeras genera- ciones de obreras y obreros, para enfrentar los mecanismos de some- timiento impulsados por la Iglesia católica. Casi la mitad del capítulo está destinada a describir en una forma esquemática a las organizaciones de caridad que se crearon en Mede- llín en las primeras décadas del si- glo xx. Pero, de nuevo, esta es una simple enumeración.



En definitiva, en este libro no se concluye nada y simplemente se pre- sentan en una forma esquemática, enumerativa y descriptiva a las so- ciedades católicas, sin que se apre- cie algún esfuerzo de elaboración analítica que intente explicar el pa- pel que desempeñaron dichas socie- dades en el momento de emergen- cia del capitalismo en Antioquia en general y en Medellín en particular. En esta medida, el libro se asemeja a una guía para turistas, porque sólo es un recuento de nombres, fechas y lugares. Por ello, al libro que comen- tamos hubiera sido mejor colocarle por título algo así como *Una guía para beatas y beatos de Antioquia*. Además, esa guía se había podido resumir en unas pocas páginas de un artículo de revista y no en un libro, pues de tal no tiene sino un título rimbombante y un contenido artifi- cialmente inflado.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

1. Jean-Louis Guereña, “Un ensayo em- pírico que se convierte en un proyecto razonado. Notas sobre la historiografía de la sociabilidad”, en Alberto Valin (editor), *La sociabilidad en la historia contemporánea*, Ourense, Duen de Bux, 2001, pág. 17.

Las elites culturales y las masas en la República Liberal

República Liberal, intelectuales y cultura popular

Renán Silva

La Carreta Editores, Medellín, 2005, 303 págs., il.

El tema central de Renán Silva tien- de a ser el de la dialéctica entre la cultura popular o cultura de masas y la cultura de elite y, ante todo, de los esfuerzos realizados por los go- biernos de la República Liberal

(1930-1946) tanto por aumentar la formación cultural del pueblo como por conocer sus propias produccio- nes. Esto implica que, en caso ideal, el libro de Silva debería ser la histo- ria de un diálogo entre las masas y las elites impulsado por instituciones creadas durante la República Libe- ral y que tuvieron su mayor efecto justamente en ese periodo.



Silva, por razones que no se ex- plican, no quiso refundir el material recogido en una serie de ensayos sobre temas particulares en un solo ensayo más general, sino que prefirió presentar el libro como una re- copilación de diversos trabajos inde- pendientes —ocho en total—, lo que a veces hace que forzosamente se incurra en repeticiones y redundan- cias a lo largo del volumen.

Pese a esa debilidad, y a otras que ahora no vienen al caso, el libro sin duda alguna ilumina una serie de temas de historia social que no han sido lo suficientemente trabajados en Colombia y es posible que en al- gunos campos abra nuevos caminos de investigación. Tal es el caso, por ejemplo, del aporte que se hace a la historia de la lectura en Colombia, con un ensayo sobre la Biblioteca Aldeana y otro sobre las ferias del libro, con un apéndice en el que se documentan las diferentes reaccio- nes que hubo ante la política de di- fusión del libro.

Los temas de los otros ensayos, la cultura popular a la que le dedica dos trabajos, la labor de la Radio- difusora Nacional de Colombia o la

Colección de Arte

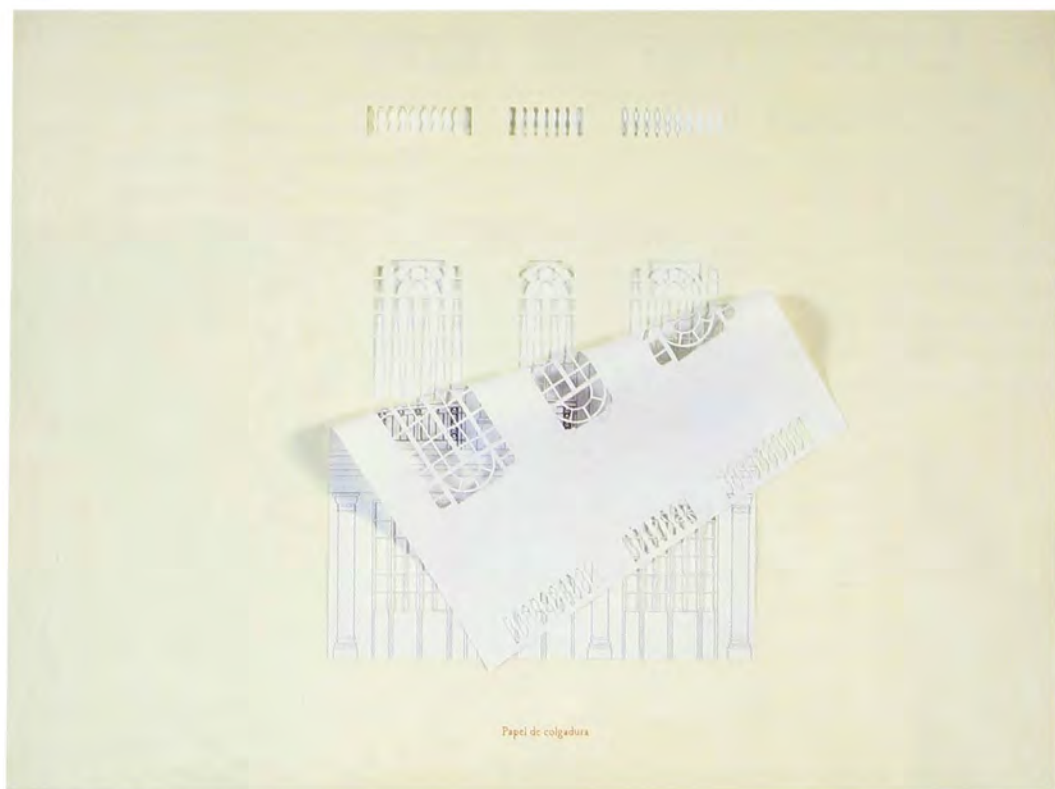
Banco de la República



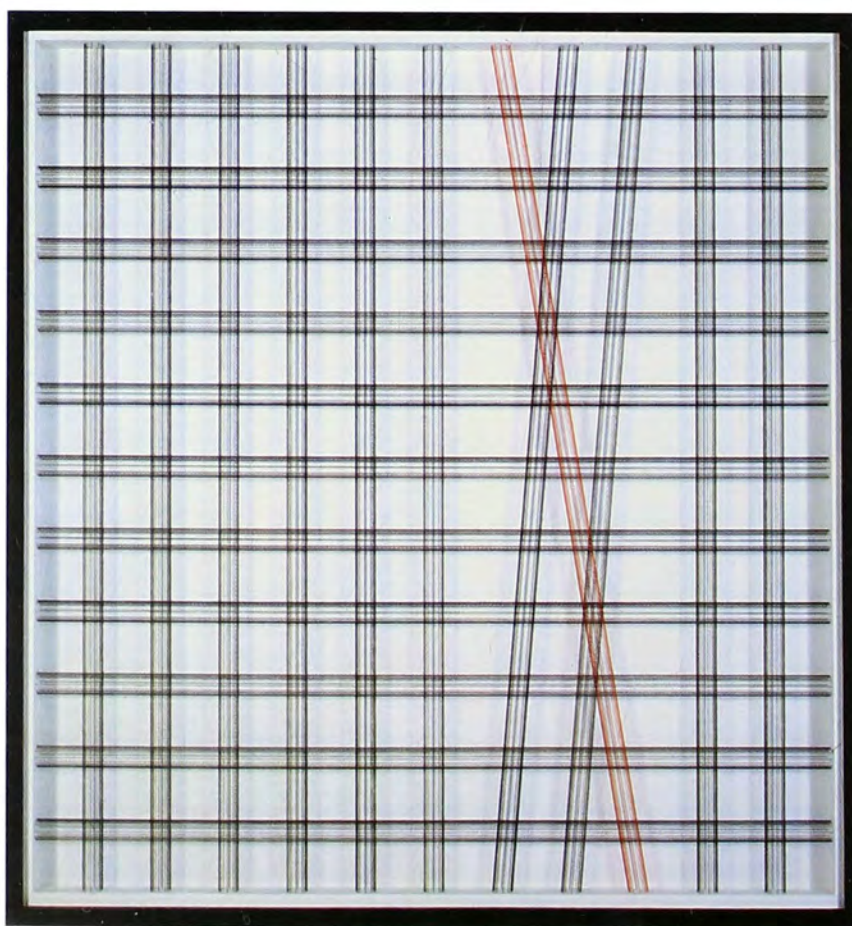
ANÓNIMO
Pescadores a orillas del mar
c 1786
ÓLEO SOBRE TELA
274,30 X 210,60 CM



FRANCISCO ANTONIO CANO
Retrato de niño
c 1916
ÓLEO SOBRE TELA
38,40 X 55,20 CM



MATEO LÓPEZ
Proyecto de intervención, patio Casa Republicana
 2005
 DIBUJO SOBRE PAPEL
 35 X 49,90 CM



MÁXIMO FLÓREZ
Cerramiento
 2005
 RELIEVE
 90 X 90 CM

LUZ ÁNGELA LIZARAZO
Madre de marzo
 2003
 DIBUJO SOBRE PAPEL
 149 X 149,50 CM



DÉBORA ARANGO PÉREZ
Sin título
(Director de orquesta)
 S. F.
 DIBUJO SOBRE PAPEL
 22 X 16,20 CM



BEATRIZ GONZÁLEZ
Retratos mudos
 1990
 ÓLEO SOBRE PAPEL
 63,50 X 206,50 CM



AMELIA PELÁEZ
Flores
 1963
 ÓLEO SOBRE TELA
 48,40 X 38,20 CM

política educativa de los gobiernos de la época tienen sin duda también su interés. Sin embargo, creo que el tema que más suscitaciones provoca es el de la lectura, por lo que en adelante me concentraré en los trabajos que están dedicados a ella.

El primero de esos trabajos, "Libros, lecturas y lectores durante la República Liberal" está centrado en analizar el proyecto de las Bibliotecas Aldeanas como uno de los mecanismos de difusión del libro que fue ideado por Daniel Samper Ortega y Luis López de Mesa. Como en casi todos los ensayos del libro, Silva subraya que ese tema particular tiene que verse dentro del marco general de la política cultural de masas de la República Liberal cuyo objetivo era "ampliar la noción de ciudadanía" (pág. 88) logrando que, a través de la difusión de la cultura, las masas se hicieran más conscientes de sus derechos y sus deberes.

El proyecto concreto empezó a funcionar en 1935 y su objetivo era "dotar a los pequeños municipios de bibliotecas que no estuvieran restringidas a los medios escolares". Ya en 1935, López de Mesa definió, en su memoria como ministro de Educación, lo que debía ser el contenido de esas bibliotecas aldeanas: cerca de cien obras representativas de la intelectualidad colombiana, otras tantas de autores extranjeros, cartillas de formación técnica elemental y un buen diccionario enciclopédico.

En la práctica, la definición del contenido de las bibliotecas aldeanas se mantuvo en su esencia, aunque con ligeras modificaciones de detalle. Así, al lado de las cartillas de formación técnica —y de carácter práctico— que editaba el Ministerio de Educación, se agregaron otros volúmenes de autores extranjeros, que Samper Ortega llamaba también cartillas, que ofrecían conocimientos generales, en temas que iban desde la historia de la antigüedad clásica hasta la microbiología, pasando por la economía política, la lógica y la filosofía. Ese campo de conocimientos generales se cubrió con una colección de libros en español de la Casa Appleton Century

Company que correspondía más o menos con los propósitos del proyecto y que además tenían un precio bastante económico.

La parte dedicada a la literatura universal fue cubierta con la llamada Colección Araluce, que reunía un centenar de versiones resumidas de obras claves para la cultura de Occidente. Además, se incluyó otra colección, también de la editorial Araluce, dedicada a biografías de grandes hombres.



El propósito de que cada biblioteca aldeana tuviera cien obras que fueran lo mejor de la intelectualidad colombiana traía consigo el problema de seleccionirlas. El propio Samper Ortega se encargó de ello, en la llamada Selección Samper Ortega que se conocería popularmente como Biblioteca Aldeana, que, como era de esperarse, se encontró con resistencias de autores que se sentían injustamente excluidos y de la oposición conservadora que sospechaba, de forma que hay que calificar de injusta si se revisa la lista de títulos, que la selección había sido hecha con criterio partidista.

No obstante, el proyecto —que hasta cierto punto puede considerarse como un éxito, si se atiende a las cifras que proporciona Silva y las cartas que reproduce en uno de los apéndices— no se interrumpió por

la presión de esas fuerzas externas sino por el giro en la política cultural de la propia República Liberal, con la llegada de Jorge Eliécer Gaitán al Ministerio de Educación en 1940.

Gaitán le retira a la Biblioteca Nacional la responsabilidad de las Bibliotecas Aldeanas y las adscribe a su ministerio, lo que al parecer fue el comienzo de una lenta agonía del proyecto. Esa decisión, según Renán Silva, fue la causa directa de la renuncia de Tomás Rueda Vargas como bibliotecario nacional.

En este punto, creo encontrar una ambigüedad en el análisis que hace Silva. A pesar de que las cifras proporcionadas hacen creer que el proyecto de las bibliotecas aldeanas iba por buen camino, en el momento de registrar el final del proyecto tiende a verlo como algo forzosamente destinado al fracaso, debido a que falta una condición para su éxito: la existencia previa de un público lector. Si bien es cierto que la idea de crear bibliotecas para un país que no lee puede resultar quijotesca y utópica, la evolución del proyecto parecía mostrar que precisamente las bibliotecas —aunque no todas funcionaran de manera ideal— estaban contribuyendo a la creación de un público lector. Como es natural, se trataba de un proceso lento en el que difícilmente podían lograrse éxitos espectaculares y a corto plazo, como —según el propio Silva sugiere tímidamente— le gustaban a Gaitán.

La pregunta que cabe hacerse aquí es por la razón que lleva a Silva a no asumir una posición claramente crítica ante Gaitán por el fin de las Bibliotecas Aldeanas. Creo que el motivo está en la visión armónica que se trata de dar de la República Liberal, ignorando que ésta estaba conformada por distintas fuerzas y por distintas visiones del mundo. Había, sin duda alguna, un denominador común: la actitud claramente más abierta que la de los años de la hegemonía conservadora. Pero dentro de esa base común, y limitándose de momento al campo de la cultura, habría que distinguir al menos dos corrientes antagónicas.

De un lado, estaba la corriente de lo que podría llamarse el liberalismo ilustrado —dentro de la cual habría que contar a Rueda Vargas y a Samper Ortega y a la mayoría de quienes usaban el diario *El Tiempo* como medio de divulgación. Para ellos, la función primordial de la política cultural era educar a las masas y ponerlas en contacto con lo mejor de la tradición universal, lo que acaso puede verse como una actitud ligeramente paternalista. Del otro lado estaba, entre otros, Gaitán, quien sin duda era un hombre culto, pero su actitud, más que la de aproximar a las masas al discurso de la cultura universal, era la de tratar de articular un discurso que pareciera surgir de las masas.

En ese sentido, es revelador que la otra forma de promoción de la lectura impulsada por la República Liberal que analiza Silva —la de las Ferias del Libro— haya tenido en Gaitán su principal promotor, primero como alcalde de Bogotá, y después como ministro de Educación.



El objetivo de las ferias era también la promoción de la lectura —fomentando la compra de libros a través de rebajas—, pero en ellas la actitud docente que había detrás del proyecto de las Bibliotecas Aldeanas pasa a un segundo plano. Ya no se hace una selección previa de títulos —es decir, no se establece un ca-

non que quiere ser impulsado—, sino que se deja que las masas escojan su material de lectura.

Al parecer, si se sigue lo dicho por Silva, la idea de las Ferias del Libro, con su programa cultural paralelo, fue en general bien recibida; sin embargo, desde el comienzo, es decir, desde la feria de 1936 impulsada por Gaitán desde la alcaldía, hubo reparos sobre el tipo de literatura que resultaba promovida por esos acontecimientos. Silva empieza mencionando las críticas de *El Siglo* a la literatura promovida por la feria de 1936, pero no oculta que los reparos eran compartidos, al menos parcialmente, por sectores de la prensa liberal, y se refiere concretamente al célebre Calibán, quien manifestó su descontento con los libros que resultaban beneficiados por la feria desde su columna *Danza de las horas* publicada por *El Tiempo*. También, *El Espectador* critica la afición popular a lo que denomina “novelas baratas” y la revista *Cromos* registra el éxito de “compendios de comunismo al alcance de analfabetas”.

Para determinar las tendencias que primaron en la primera feria, y que en buena parte se confirmarían en las posteriores, Silva se basa en informes de prensa que ven a José María Vargas Vila y Arturo Suárez como los grandes triunfadores y un interés especial del público por novelas policíacas y novelas de amor, al parecer de escasa factura literaria. Teniendo en cuenta lo anterior, no es de extrañar la actitud crítica de columnistas como Calibán, quien habla de que en la feria se habían vendido “47.000 novelas baratas” que iban a intoxicar a “47.000 lectores ávidos de sensaciones agradables”.

Renán Silva diagnostica al analizar ese tipo de reacciones una “especie de miedo ante la lectura popular”. La literatura rechazada por la mayoría de los comentaristas le parece sencillamente que era ajena al canon dominante entre los intelectuales. Detenerse aquí —aunque implique desviarse del tema central del libro de Silva— puede ser fructífero para hacer una serie de reflexiones que Silva no hace. Tal vez, lo que

estaba en juego en la discusión sobre la literatura que se vendía en las ferias era la decisión sobre el papel de liderazgo intelectual que las elites seguían asumiendo, o al menos tratando de asumir, o si lo abandonaban para entregarse a la dictadura del gusto popular.



En un comienzo se registraron este tipo de reacciones, como se ve en el caso de Calibán que se puede tomar como paradigmático —los comentarios de Hernando Téllez sobre la literatura de masas suelen apuntar a lo mismo— pero a medida que fueron pasando los años, y sin que esto tuviera nada que ver con la República Liberal, se produjo, no sólo en Colombia, sino prácticamente en todo el mundo, una especie de abdicación de las elites intelectuales ante el llamado gusto popular. La discusión relativamente reciente suscitada por el libro de Harold Bloom sobre *El canon occidental* ha sido una reacción a ese fenómeno.

Es claro que responsabilizar a Gaitán, o a la República Liberal, del gusto popular sería algo miope. Pero lo que saca a la luz el ensayo de Silva es esa contradicción entre las elites —y también las elites liberales— y las masas urbanas que empezaban a aparecer como un sujeto en la historia de Colombia. Allí se habría podido profundizar más de lo que hace Silva, cuyo análisis seguramente se vio entorpecido por la ten-

dencia a ver la República Liberal como un todo armónico al que, además, se aproxima con una mirada que por momentos es inevitable calificar de hagiográfica.

RODRIGO ZULETA

Libros que no deberían publicarse

Amor y erotismo

Antonio Montaña

Universidad Externado de Colombia,
Bogotá, 2005, 235 págs.

Decepcionante, es la palabra más adecuada. ¿Por qué? A este libro es preciso ante todo situarlo en su contexto. Como se trata de las conferencias dictadas dentro del área cultural de una universidad, un libro así tiene ya de por sí un ámbito propio y un público comprador, lo que lo justifica aparte de cualquier bondad o "necesidad" intrínseca de su existencia. Aparte de eso, nada lo salva. Hay libros que, casi por definición, y aparte de sus calidades intrínsecas, no deberían ser publicados. Cuando digo publicados me refiero a la acepción original de la palabra, esto es, hacerlos públicos, darlos al gran público. Son libros que están hechos para una circulación restringida dentro de un ámbito determinado, del cual, por simples motivos de mercadeo, no deberían salir. Son esos libros que agrupan conferencias, cursos, seminarios, charlas... Si se trata de temas muy especializados, está bien que circulen entre universidades y bibliotecas del mundo entero. Pero al hacerlos públicos el editor "va a la fija", es decir: va a perder la plata, a menos que la cosa sea subvencionada, como suele suceder cuando el editor es una universidad. (Entre otras cosas, y en contra de mi argumento, asegurar la venta de

un libro entre un grupo de alumnos es mucho más de lo que de ordinario vende un autor en Colombia).



Debo confesar que tengo cierta debilidad por una serie de escritores de la segunda mitad del siglo xx, a quienes podría llamar "cachacos" en todo el sentido de la palabra: Eduardo Caballero Calderón, su hermano Klim, su hijo Antonio, Álvaro Salom Becerra, Enrique Caballero Escovar, Alfredo Iriarte, Luis Zalamea, Luis Aguilera, Gonzalo Mallarino Botero, Daniel Samper Pizano, Antonio Montaña, por citar sólo algunos. Si se quiere, en poesía podríamos agregar a Alberto Ángel Montoya, y en filosofía a Nicolás Gómez Dávila. A veces ni siquiera escribieron, aunque fueron conocidos por sus "apuntes", como en los casos del "Runcho" Ortega o de Douglas Botero Boshell. Rara vez son novelistas, las más de las veces continúan una tradición que acaso arranque del costumbrismo del siglo xix. Se caracterizan por el gracejo bogotano, el humor fino y perenne, de clara estirpe inglesa, en el que la palabra más vulgar que se atraviesa es "carachas". No son la gran literatura ni aspiran a ello, pero divierten y a menudo enseñan. Al igual que el propio personaje del cachaco, están en vías de extinción. No tienen mayor pretensión que lo que son: depositarios de una tradi-

ción de la cual se sienten justamente orgullosos. Escriben historias bogotanas o escriben historias universales con acento bogotano, con lenguaje y humor bogotanos.

Imaginé que este libro pertenecía a esta última categoría. Pero no. Se trata de un curso de esos para empleados de compañía de seguros o ingenieros en ciernes, en los que hay que ir al ritmo del que menos sabe y entiende... Me explico: para hablar del David de Miguel Ángel hay que empezar por explicar quién fue Miguel Ángel (tal vez no David, pues todo colombiano que se respete fue ahogado literalmente en su niñez en conocimientos bíblicos). O, mejor, en este libro se toma a los diálogos platónicos *El banquete* y *Fedro* como puntos de partida. De modo que el conferencista tiene que explicar antes que *El banquete* es un diálogo de Platón. Juan Bautista es un anacoreta. Luego el profesor debe añadir, para desesperación del lector, que un anacoreta es alguien empeñado en fortificar el espíritu. Es demasiado peligroso hacer filosofía de la historia delante de vendedores de seguros, o de ingenieros electrónicos que por fuerza deben tomar una materia electiva en el área cultural, si no se sostienen con chistes adecuados a su nivel. Pero por desgracia para el autor, esos chistes no salen luego en el libro ni es posible transcribirlos.

El tema es el amor y el erotismo a través de la historia y sobre todo, de la historia del arte. Consciente acaso de la necesidad de justificar la existencia del libro, Montaña intenta aclararse, alegando que sobre el tema hay una bibliografía muy extensa pero muy poco organizada y escasamente puesta al alcance del estudiante. Como justificación, sueña pésimo.

Como libro destinado a recoger la clase, éste es un libro frustrado y frustrante, al igual que alguno de Germán Espinosa, y no debería existir más que para su auditorio propio, esto es, los miembros de la empresa que pagó por ellos. ¡Si hasta al propio Nabokov se le desnuda el chasis en sus lecciones de literaturas rusa y europea!